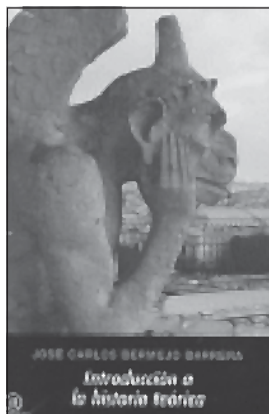


## Reseñas bibliográficas

**BERMEJO BARRERA, J. C., *Introducción a la historia teórica*, Tres Cantos, Akal, 2009, 667 pp.**

Rafael Ramis Barceló  
*Universidad de las Islas Baleares*



El estudio de los intersticios de las diferentes ramas del saber conlleva, por un lado, grandes alegrías a sus cultivadores, pero por otro, un aluvión de críticas implacables por haber traspasado los rígidos umbrales de las áreas de conocimiento. La herencia del siglo XIX sigue pesando en la organización convencional de los saberes: el positivismo acrítico se ha acabado imponiendo y las Universidades poco han hecho

para subvertir tal herencia. Se ha acabado estudiando «el cerebro de las sanguijuelas» como Nietzsche vaticinó. Y lo que es peor: denunciarlo es algo mal visto.

El propio Hegel, astuto razonador, comentó ya en la *Filosofía del Derecho* que los físicos no habían aceptado nunca la teoría de los colores de Goethe, ya que éste era un poeta y no un físico (FD § 215). Los especialistas actuales nunca deben salirse de sus materias, las discusiones deben producirse entre expertos, que se reúnan en comités y en grupos de investigación y que escriban informes científicos que a su vez sean evaluados por unos técnicos... Contra esta moda intelectual, poco denunciada, se han escrito *ad hoc* algunos libros muy acertados. El que aquí se reseña permite repensar el problema de las escisiones intelectuales desde una óptica histórica, a la vez que da pie al análisis de las dificultades del estudio histórico bajo una perspectiva teórica, algo ciertamente infrecuente.

Reúne varios trabajos del profesor José Carlos Bermejo Barrera, precedidos por una elogiosa -y esclarecedora- introducción debida a Pedro Piedras Monroy. Bermejo, sin duda, es una voz aislada en el panorama español. Los historiadores no le hacen excesivo caso y se encuentra más a gusto entre los filósofos, quienes suelen leerle con placer. Bermejo conoce muy bien tanto la historia de la historiografía y sus discusiones metodológicas como los problemas filosóficos de la comprensión histórica. Cultiva la «historia teórica», una disciplina fronteriza entre la filosofía de la historia y la historiografía.

Se reúnen en este libro tres obras ya publicadas con anterioridad: *Psicoanálisis del conocimiento histórico* (Akal, Madrid, 1983), *El final de la historia. Ensayos de historia*

*teórica* (Akal, Madrid, 1987) y *Replanteamiento de la Historia. Ensayos de Historia Teórica II* (Akal, Madrid, 1989). En su momento ya fueron comentadas por otros autores, y no es necesario repetir aquí lo que ya se ha destacado suficientemente. Conviene detenerse aquí a explicar cuál es el proyecto global de «historia teórica» de Bermejo Barrera, una labor que la «Introducción» de Pedro Piedras Monroy facilita enormemente.

Bermejo es un historiador especializado en el complejo campo de las mitologías y de las religiones antiguas, un mundo en el que el trabajo interdisciplinar es completamente imprescindible. Este profesor intenta reproducir la necesidad del trabajo pluridisciplinar en cualquier otra materia de carácter histórico y su preocupación por los presupuestos de la labor del historiador le ha llevado a concentrarse en la historia teórica.

La influencia teórica más sobresaliente que puede detectarse en la obra de Bermejo es la de Foucault. De la mano del pensador francés repiensa las dificultades que tiene el historiador en su labor cotidiana. Si Nietzsche fue un azote para el positivismo, al final su crítica no llegó a cuajar en los medios académicos. Hay que decir que Bermejo lee a Nietzsche bajo la óptica arqueológica y genealógica de Foucault y concentra su visión en la obra de Hegel.

Precisamente, una de las contribuciones más sobresalientes de Bermejo es el estudio de la obra de Hegel, atendiendo principalmente a las consecuencias que se pueden extraer de su pensamiento. Hegel, en efecto, es el autor de las clasificaciones historiográficas y del lenguaje teórico que, de forma acrítica, seguimos manejando actualmente. El marxismo y el positivismo, lejos de acabar con la influencia del catedrático berlinés, consiguieron solidificarla e inmunizarla de eventuales ataques.

En efecto, después de Hegel se produjo una disolución del ideal de la *Bildung*, que, para decirlo con Félix Duque, compendia en la obra hegeliana «todo el saber del mundo». El conocimiento, en manos de los autores positivistas, se fragmentó rápidamente: los filólogos, los historiadores, los juristas... se dedicaron a sus parcelas, pero no cambiaron los conceptos que Hegel había acuñado. No podían hacerlo: no había nadie que, como él, intentase contemplar y comprender el conocimiento *sub specie aeternitatis*.

A través de Foucault, Bermejo se enfrenta directamente con Hegel. En él reconoce al verdadero autor e ideólogo de las categorías historiográficas que siguen vigentes en nuestros días (pp. 187 y ss.). La consolidación de sus categorías se dio en la labor positivista de autores como Ranke, y Bermejo muestra que hasta nuestros días la

historiografía es exclusivamente positivista, en tanto que guardiana de las esencias de un hegelianismo no asimilado de forma consciente.

Desde Foucault, Bermejo se pregunta por la validez de tales categorías y métodos en una época en la que, a través de la arqueología, se vacía la *episteme* decimonónica, llena de conceptos y categorías que no resisten el análisis foucaultiano. En el libro se estudian con profundidad algunos de estos conceptos, tal como el de «documento» (cf. p. 117) o de «civilización».

Con ello se puede examinar una de las líneas del libro, entendida como la crítica de las categorías hegelianas y de la historiografía del XIX. Hay una importante conexión de ésta con los problemas de la metodología de la historia. ¿Puede un historiador actual rehuir el hecho de repensar su propia posición frente a la historia? ¿Nos hallamos ante «el final de la historia», entendida en un sentido acumulativo y positivista? ¿Debemos, una vez conscientes de las verdaderas posibilidades epistemológicas, renunciar a la «historización»?

Bermejo sigue a Nietzsche en su búsqueda del autor del discurso histórico y, sin duda, muestra las dificultades de una historia lineal, objetiva y de planos diferenciados. Se impone la historia imposible, la distancia o la consciencia de la imposibilidad de narrar algo pasado. Más allá de un pretendido escepticismo propio de los filósofos, la imposibilidad de la historia positivista es algo que concierne claramente a los historiadores.

El autor hace un repaso de las tendencias historiográficas del siglo XX para mostrar cómo ninguna es capaz de cambiar el positivismo imperante (pp. 185 y ss). Dice Bermejo que el materialismo histórico (el marxismo), pese a jactarse de haber superado a Hegel, jamás lo hizo (p. 194). Creo que esta afirmación es muy acertada en un sentido histórico, pues el marxismo teórico jamás fue capaz de triturar y deglutir los conceptos hegelianos.

Hay, sin embargo, un interesante corolario que muestra cómo el marxismo fue -en un momento dado- un buen antídoto contra el positivismo. A mi entender, la crítica del hegelianismo que propugnaban los marxistas fue un elemento fundamental para la concepción de una historia crítica que mirara a los ojos a Hegel. En un sentido histórico, sólo calor del marxismo -combinado con otros rasgos de la filosofía de la sospecha (nietzscheanismo, psicoanálisis freudiano...)- pudo prepararse en el siglo XX un combate antipositivista y antihegeliano.

Si Freud y Nietzsche proporcionaban suficiente material corrosivo, el marxismo era la corriente que llevaba en su seno la vocación interdisciplinaria hegeliana, esto es, la necesidad de dar una explicación completa de la realidad. Si el positivismo se había caracterizado por la disgregación de los saberes, éstos no podían plantar cara a Hegel por

separado, pues el combate hubiese sido totalmente desigual. Sólo a través del marxismo -que llevaba inserto el hegelianismo- se podía contemplar cara a cara la labor teórica de Hegel y criticarla.

Ahora bien, el marxismo no era suficiente: era necesario agregarle dos elementos corrosivos fundamentales, tales como el método genealógico de Nietzsche y la obra de Freud. Los «filósofos de la sospecha», juntos pero no revueltos, posibilitaban suficiente munición para el asalto a la fortaleza hegeliana.

Los historiadores foucaultianos, por ejemplo en Francia o en Italia, se sumergieron primero en el marxismo (como hizo el mismo Foucault) y sólo después, a través del plus que aportaban Nietzsche y Freud, fueron capaces de posicionarse frente a Hegel. En Marx se encontraba el hegelianismo, y en Nietzsche y Freud la preocupación epistemológica, que posibilitó el nacimiento de una historia crítica, tal y como plantean Foucault y sus seguidores.

En todo caso, como consecuencia de la filosofía de la sospecha, según Bermejo, no puede escribirse la «historia» como hacían los autores positivistas. Hegel representa un momento privilegiado para la historia teórica, pero también para la «filosofía de la historia» que la nutre. Si tuviese que clasificar la «filosofía de la historia» que propone Bermejo en grandes paradigmas diría que, para él, existen principalmente cuatro momentos: el primero, desde Grecia a San Agustín; el segundo, de San Agustín a Hegel; el tercero, de Hegel a Foucault; y, por último, el tiempo posterior a Foucault.

No en vano San Agustín es uno de los autores más estudiados en el libro de Bermejo (pp. 565-586), pues en él se pueden detectar con cierta facilidad los rasgos que el cristianismo comparte con la historiografía pagana y cuáles son los nuevos que introduce. Desde luego, la historia entendida como una narración dotada de sentido trascendente es la mayor aportación de san Agustín, algo que llega hasta Hegel.

El filósofo alemán cierra la filosofía de la historia de la Modernidad, en lo que Felipe Martínez Marzoa ha llamado la *sképsis*. Ciertamente, se produce en Hegel el tratamiento de la Modernidad como un todo, como algo cerrado y finito, de manera que el tiempo trascendente y escatológico había llegado ya a su cumplimiento. Bermejo destaca, por encima de los demás autores, la importancia de Hegel, un autor que, como se ha dicho ya, permea enteramente los siglos XIX y el XX.

Esta idea ha sido subrayada recientemente por Jacobo Muñoz en su *Filosofía de la Historia* (Madrid, Biblioteca Nueva, 2010), en la que muestra que después de Hegel no existe propiamente una «filosofía de la historia» hecha por filósofos, sino una historiografía hecha por historiadores marxistas y positivistas. Muñoz, como

germanista acreditado, no cita a Nietzsche en su filosofía de la historia, mostrando con ello que «la historia» llevaba ya sus propios derroteros, alejada de la filosofía.

Bermejo Barrera, como historiador con vocación filosófica, recupera la línea perdida de la historia. El antídoto antihegeliano es la visión genealogista de la historia que empieza en Nietzsche y acaba en Foucault, quien proporciona los elementos necesarios para una «deconstrucción» de las categorías hegelianas. Es el cuarto momento, que empieza cuando el historiador contemporáneo, que ha leído a Foucault -o que debería haberlo hecho-, tiene que situarse frente al objeto histórico que quiere analizar.

Toda la «historia teórica» de Bermejo Barrera empieza con las preguntas que el historiador genealógico presenta al historiador positivista, que todavía no había sido capaz de enfrentarse a Hegel ni era consciente de los conceptos que prefiguraban su comprensión teórica. Esta obra que aquí se presenta sirve para introducir al lector en cuestiones que, por desgracia, no se explican en las Facultades de Historia.

El camino de la «historia teórica» a la «filosofía de la historia» muestra cómo el discurso teórico puede devenir filosófico si un autor es capaz de plantearse las cuestiones desde un prisma distinto al de la propia disciplina. El positivismo ha alentado la elaboración de unas «teorías» que sólo se elaboran desde las mismas áreas a la que sirven. La teoría de la historia (como la teoría del lenguaje o la teoría del derecho) no tienen fuerza crítica si no son capaces de conectar con el discurso de la filosofía.

Precisamente la filosofía sirve para reconocer los conceptos y los lenguajes con los que se articula cada disciplina. Ésta facilita a Bermejo un distanciamiento con la teoría historiográfica y una conexión con el método genealógico. Sus obras no son una abstracción metodológica

sobre la historia llevada a cabo por un historiador, sino un verdadero esfuerzo por repensar la historia con las herramientas de la filosofía.

El autor de este libro se mueve con soltura por los lares filosóficos y su obra revela cercanía y lejanía con respecto de las teorías historiográficas al uso. Las conoce y las explica con precisión y detalle, pero es capaz también de criticarlas a vista de pájaro. Todo ello le singulariza en el panorama intelectual español, que no hace excesivo caso de sus libros, que siempre tienen una vocación crítica.

Tal vez a este volumen se le hubiera podido agregar algún trabajo más como *¿Qué es la historia teórica?* (Akal, Madrid, 2004) o *Genealogía de la historia. Ensayos de la historia teórica III* (Akal, Madrid, 1999), aunque éste último tal vez no se incluye por ser una obra en colaboración. En todo caso, esta *Introducción a la historia teórica* tiene, por sí misma, gran entidad intelectual, y la reedición de las obras de juventud de Bermejo Barrera muestra su vitalidad y actualidad.

En suma, éste es un volumen que *debe* interesar a historiadores, filósofos y demás miembros de la República de las Letras. Su lectura obliga a pensar y proporciona una visión crítica de la historiografía contemporánea. Con libros como éste, el lector puede encaminarse hacia la universalidad de la historia (con Hegel y contra Hegel) y, a la vez, hacia los problemas que ese sujeto lector tiene para construir un objeto con el fin de historizarlo.

Si el historiador se formula todos estos interrogantes que plantea Bermejo antes de empezar a trabajar, tal vez su proyecto sea mucho menos ambicioso. Pero quizás con ello podrá (psicoanalíticamente) conocerse a sí mismo -con todas sus limitaciones epistemológicas- antes de reconstruir un pasado que le concierne y que, desde el peso de una conciencia consciente, le abruma.